

CUANDO OIGO LA PALABRA CULTURA

Por FERNANDO MUSANTE

“Primero se llevaron a los comunistas, pero como yo no era comunista...” estas palabras, erradamente consideradas versos de un poema, fueron adjudicadas a Bertolt Brecht cosa también que es falsa. Pertenecen a un fragmento del texto del sermón que el pastor luterano Martin Niemöller pronunció el Viernes Santo de 1946 y que lleva el título: ¿Qué hubiera hecho Jesucristo?

“Cosas veredes que non crederes” y “Ladran, Sancho, señal de que cabalgamos” no existen en ninguna página del Quijote.

La frase “Paly’t again, Sam” es el título de una película de Woody Allen, y nunca fue pronunciada por Humphrey Bogart en “Casablanca”. La lápida de Gourcho Marx no dice: “Disculpe que no me levante para saludarlo”. Y no hay registro alguno de que Isabel Sarli haya dicho en alguna de sus películas ¿Qué pretende usted de mí?

Estas construcciones falsas se han sostenido porque tienen una base de verosimilitud. Vale decir: son mentiras que podrían ser posibles. Esa posibilidad puede ser racional, por analogía, o producto de la instalación de un discurso ajeno (o “del amo”), merced a la reiteración permanente, tal como ha venido pasando –desde siempre– con las construcciones de los mitos, y que produce eso que hoy se ha dado en llamar “posverdad”.

"Cuando oigo la palabra cultura, echo mano a la pistola"

Son muchas y muy variadas las frases que han venido viajando desde remotos tiempos para anclar en la memoria colectiva por la fuerza de sus significados. Claro que, en más de un caso, se confunden los autores. A veces los errores se justifican en lecturas apuradas, por ejemplo: “El lobo es lobo del hombre” no es una frase de Hobbes. Es cierto que Thomas Hobbes la utilizó para su magnífica obra “Leviatán”, pero la autoría de “*Homo homini lupus*” es del comediógrafo latino Plauto (254–184 a.C.) quien la incluyó en su obra “Asinaria”. Hobbes nunca quiso adueñarse de la autoría de la frase, simplemente, la citó; como también lo hizo con otra expresión en latín: “*Bellum omnium contra omnes*” (“Guerra de todos contra todos”), pero esto hizo que muchos consideraran que él las había acuñado.

La frase “*Homo sum, humani nihil a me alienum puto*” (“Soy un hombre, nada humano me es ajeno”) fue escrita por Publio Terencio Africano (194 – 159 a.C.) en un pasaje de su comedia “Heautontimorumenos” (El enemigo de sí mismo). Miguel de Unamuno comienza el primer ensayo de su obra “Del sentimiento trágico de la vida” mencionado esta locución latina; a partir de eso, fue muy común que circulara que el autor de la frase era Unamuno.

Mark Twain es el autor de la frase: “Usted puede permanecer callado y parecer estúpido, o abrir la boca y disipar las dudas”. La frase fue adjudicada a varios personajes ilustres: Oscar Wilde, George Bernard Shaw y Groucho Marx, entre otros, y si bien eso era falso, las personalidades de todos aquellos a quienes se consideró sus autores bien podrían haberlo sido. El humor ácido, y la ironía al borde del sarcasmo, era proverbial en todos ellos.

Algo similar podemos decir de los dos textos anteriores. Hobbes sostiene que el poder del hombre reside en su capacidad de actuar, y la adquisición de ese poder se convierte en una búsqueda permanente y dominada por la pasión. Cree que la persona humana actúa según los impulsos que recibe del exterior, por lo que intentará a toda costa evitar los impulsos que le resulten desagradables y conseguir todos los agradables posibles. El problema –para Hobbes– surgirá cuando estas fuentes de placer haya que compartirlas con otras personas o se encuentre con algunos semejantes que interfieran con sus deseos. Ahí puede volverse lobo de los otros hombres y comenzar una guerra contra todos.

La obra más destacada, dentro del género ensayo, de Miguel de Unamuno es “El sentimiento trágico de la vida”. Este trabajo está atravesado por el pensamiento de Søren Kierkegaard, aunque también abrevia –dicen sus críticos– en San Ignacio de Loyola. Para él la muerte es algo definitivo, la vida acaba. Sin embargo, pensaba que la creencia de que nuestra identidad sobrevive a la muerte es necesaria para poder vivir. Desde luego, se necesita creer en un Dios, tener fe, lo cual no es racional; así siempre hay conflicto interior entre la necesidad de la fe y la razón que niega tal fe. La mirada de Unamuno parece inaugurar el existencialismo en España al hacer una profunda incursión en la problemática existencial del hombre contemporáneo, con lo que se distancia radicalmente del Motor Inmóvil aristotélico, y afirma la necesidad espiritual de creer en un Dios personal. A todas luces, Unamuno eligió la frase de Terencio: “Soy un hombre, nada humano me es ajeno”, porque lo expresaba de forma cabal; y por dialéctica razón es posible creer que él podría haberla acuñado. Y es probable que haya varios ejemplos más.

Hay dos frases en especial en las que, además del error al adjudicar las autorías, la ficción invadió el mundo real. Una de ellas es la que se adjudica al escritor, historiador y filósofo francés François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire: “No estoy de acuerdo con lo que dice, pero defenderé con mi vida su derecho a decirlo”. La otra es la que da título a este artículo: “Cuando oigo la palabra cultura, echo mano a la pistola”. Si bien la primera se atribuye sólo a Voltaire, la paternidad de la segunda se ha conferido a distintos personajes históricos. La cosa es falsa en todos los casos. Ambas son producto de construcciones ficticias inspiradas en vidas reales.

La escritora inglesa Evelyn Beatrice (1868–1956) conocida por ser autora de “Los amigos de Voltaire”, incluyó la frase en esa obra que apareció en 1906. Voltaire murió en 1778. “Cuando oigo la palabra cultura...” fue adjudicada a varios de triste fama, y también hay quienes sostienen que fue dicha por Albert Leo Schlageter (1894–1923). Ninguna es cierta.

Schlageter fue miembro de los freikorps alemanes (fuerza voluntaria paramilitar) profundamente anticomunista que se fusionó, en 1922, con el partido nazi.

Ante la ocupación por parte de Francia de la cuenca del Ruhr, en represalia por el no pago de indemnizaciones de guerra, Schlageter formó una patrulla con la que se dedicó a cometer actos de sabotaje. Fue detenido y fusilado por los franceses. Se acusó a Walter Kadow, un miembro de su grupo de haberlo delatado. Kadow fue asesinado poco después por Rudolf Höß con la ayuda de Martin Bormann. Y Schlageter fue considerado un mártir de la causa nazi. Se construyó un monumento recordatorio en su honor y cada aniversario de su ejecución se lo homenajeaba con distintos actos.

El 20 de agosto de 1933 con motivo del cumpleaños de Hitler y con presencia de éste, fue estrenada con gran pompa una obra teatral titulada "Schlageter", de Hanns Johst, el dramaturgo "oficial" del nazismo. Esta obra contiene la célebre frase "*Wenn ich Kultur höre entsichere ich meinen Browning*", "en cuanto oigo hablar de cultura le quito el seguro a mi Browning".

El nombre Albert Leo Schlageter no ocupa un lugar preponderante en el archivo de la memoria colectiva. Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, los aliados destruyeron el monumento recordatorio que se le había construido, y los nombres de muchos de los jefes del régimen nacionalsocialista se inscribieron con sus crímenes en los primeros lugares de las páginas más oscuras de la historia desplazando a estos primeros "héroes" del nazismo.

La frase, traducida como: "Cuando oigo la palabra cultura, echo mano a la pistola" se atribuyó a Goering, a Goebbels y –tal vez a causa de la versión en español–: a Millan de Astray, aquel general franquista que gritó en presencia de Unamuno: ¡Viva la muerte! Y no. No es así, en ninguno de los casos. La frase se la hizo decir el dramaturgo al actor que encarnaba a Schlageter.

Nadie hubiera difundido esta falsedad histórica si se hubiera intentado instalar que el autor era Mahatma Gandhi o Juan XXIII o Martin Luther King, pero convengamos que bien podría haber sido dicha por cualquiera de los otros nombrados. Desafortunadamente, a varias décadas de aquellos tiempos, parece haber cada día más nombres para engrosar la lista de quienes podrían decir: cuando oigo la palabra cultura, echo mano a la pistola.